

En 1854, Franklin Pierce, Presidente de los Estados Unidos, propuso comprar el territorio ubicado al noroeste de su país ocupado desde siempre por la tribu Suwamish y hoy, parte del Estado de Washington. Ofreció dinero y se comprometió a crear una "reserva" para el pueblo indígena. Seattle, el Jefe piel roja, se entrevistó con el Gobernador Isaac I. Stevens, y respondió con un discurso en lushootseed, su lengua natal. El periódico Seattle Sunday Star publicó en 1887 la versión del Dr. Henry A. Smith, uno de los testigos del hecho. Se duda sobre la verosimilitud del texto, dada la elaboración de conceptos con que se defiende la vida silvestre y el devenir de la naturaleza. El documento se ha constituido en un modelo de manifiesto ecológico. La lectura de cualquiera de las versiones, vale el tiempo que requiere.

## Ecología: Carta del Jefe Seattle al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica (1854)



**El Jefe Seattle**

<http://bit.ly/1O6QN3Y>

*Inmanencia* 2015;4(2):102-103

El Gran Jefe Blanco de Washington hace saber que quiere comprar nuestras tierras. Envía palabras de amistad y de buena voluntad. Apreciamos su gentileza aunque sabemos que poca falta le hace nuestra amistad. Consideramos su oferta pues sabemos que, de no hacerlo, puede venir con sus armas de fuego a tomar nuestras tierras.

El Gran Jefe Blanco de Washington podrá confiar en la palabra del jefe Seattle con la misma certeza que espera el retorno de las estaciones. Mis palabras son inmutables como las estrellas.

¿Cómo se puede comprar o vender el cielo o el calor de la tierra?

Esa es para nosotros una idea extraña.

Si nadie puede poseer la frescura del viento ni el fulgor del agua, ¿cómo es posible que alguien proponga comprarlos? Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi pueblo. Cada rama brillante de un pino, cada puñado de arena de las playas, cada rayo de luz, la penumbra de la densa selva y el zumbido de los insectos son sagrados en la memoria y vida de mi pueblo. La savia que recorre el cuerpo de los árboles lleva

consigo la historia del piel roja.

Los muertos del hombre blanco olvidan su tierra de origen cuando van a caminar entre las estrellas. Nuestros muertos jamás olvidan esta bella tierra, pues es la madre del hombre piel roja. Los pieles rojas somos parte de la tierra y ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas. El ciervo, el caballo, el gran águila, son nuestros hermanos. Los picos rocosos, los surcos húmedos de las campiñas, el calor del cuerpo del potro y el hombre pertenecemos todos a la misma familia.

Por esto, cuando el Gran Jefe Blanco en Washington manda decir que desea comprar nuestra tierra, nos pide mucho. Dice que reservará un lugar donde podamos vivir satisfechos, que será nuestro padre y nosotros sus hijos. Vamos a considerar la oferta de comprar nuestra tierra. Pero eso no será fácil. Esta tierra es sagrada para nosotros. El agua brillante que se escurre por los riachuelos y corre por los ríos no es apenas agua, sino la sangre de nuestros antepasados. Si les vendemos esta tierra, deberán recordar que para nosotros es sagrada. Deberán recordar y

enseñar a sus niños que es sagrada, que cada reflejo sobre las aguas limpias de los lagos hablan de acontecimientos y recuerdos de la vida de mi pueblo. El murmullo de los ríos es la voz de mis antepasados. Los ríos son nuestros hermanos, sacian nuestra sed. Los ríos cargan nuestras canoas y alimentan a nuestros niños. Los ríos son nuestros hermanos y los suyos también. Por lo tanto, deberán tratar a los ríos con la bondad que dedicarían a cualquier hermano. Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestras costumbres. Para él una porción de tierra tiene el mismo significado que cualquier otra. Es un forastero que llega en la noche y extrae de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga y cuando la conquista prosigue su camino. Deja atrás las tumbas de sus antepasados y no se preocupa. Roba de la tierra lo que sería de sus hijos y no le importa.

La sepultura de su padre y los derechos de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, a la tierra, a su hermano y al cielo como cosas que puedan ser compradas, saqueadas, vendidas como carneros o adornos coloridos. Su apetito devorará la tierra, dejando atrás solamente un desierto.

No los entiendo. Tal vez no comprendo porque soy un salvaje. Nuestras costumbres son diferentes de las suyas. No hay lugar quieto en las ciudades del hombre blanco. Ningún lugar donde se pueda oír el florecer de las hojas en la primavera o el batir de las alas de un insecto. El ruido parece solamente insultar los oídos. Tal vez sea porque soy un hombre salvaje y no comprendo. ¿Qué resta de la vida si un hombre no puede oír el llorar solitario de un ave o el croar nocturno de las ranas alrededor de un lago?

Soy piel roja y no comprendo. El indio prefiere el suave murmullo del viento encrespando la superficie del lago y el propio viento, limpio por una lluvia diurna o perfumado por los pinos. El aire es de mucho valor para el piel roja, pues todas las cosas comparten el mismo aire. Todos comparten el mismo soplo : el animal, el árbol, el hombre. Parece que el hombre blanco no siente el aire que respira. Como una persona agonizante, es insensible al mal olor. Si vendemos nuestra tierra al hombre blanco, debe recordar que el aire es valioso para nosotros, que el aire comparte su espíritu con la vida que mantiene. El viento que dio a nuestros abuelos su primer respiro, también recibió su último suspiro. Si les vendemos nuestra tierra, deben mantenerla intacta y sagrada, como un lugar donde hasta el mismo hombre blanco pueda saborear el viento azucarado por las flores de los prados.

Vamos a meditar sobre la oferta de comprar nuestra tierra. Si decidimos aceptar, impondré una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos. Soy un hombre salvaje y no comprendo ninguna otra forma de actuar. Vi un

millar de búfalos pudriéndose en la planicie, abandonados por el hombre blanco que los abatió desde un tren al pasar. Soy un salvaje y no comprendo cómo el caballo humeante de hierro puede ser más importante que el búfalo, que nosotros sacrificamos solamente para sobrevivir. ¿Qué es el hombre sin los animales? Si todos los animales se fuesen, el hombre moriría de una gran soledad de espíritu, pues lo que ocurra con los animales en breve ocurrirá a los hombres. Hay una unión en todo.

Deben enseñar a sus niños que el suelo bajo sus pies es la ceniza de sus abuelos. Para que respeten la tierra, digan a sus hijos que fue enriquecida con las vidas de nuestro pueblo. Enseñen a sus niños lo que enseñamos a los nuestros, que la tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen en el suelo están escupiendo en sí mismos. Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre; es el hombre el que pertenece a la tierra. Todas las cosas están relacionadas como la sangre que une una familia. Hay una unión en todo. Lo que ocurra con la tierra recaerá sobre los hijos de la tierra.

El hombre no tejió el tejido de la vida, simplemente es uno de sus hilos. Todo lo que hiciere al tejido, lo hará a sí mismo. Incluso el hombre blanco, cuyo Dios camina y habla como él, de amigo a amigo, no puede estar exento del destino común.

Es posible que seamos hermanos, a pesar de todo. Veremos. Estamos seguros que el hombre blanco algún día descubrirá que nuestro Dios es el mismo que el de ustedes. Ustedes podrán pensar que lo poseen, como desean poseer nuestra tierra; pero no es posible. Él es el Dios del hombre y su compasión es igual para el hombre de piel roja y para el de piel blanca. La tierra es preciosa. Despreciarla es despreciar a su Creador. Los blancos también pasarán, tal vez más rápido que todas las otras tribus. Contaminen sus camas y una noche serán sofocados por sus propios desechos.

Cuando nos despojen de esta tierra, ustedes brillarán intensamente iluminados por la fuerza del Dios que los trajo aquí y por alguna razón especial les dio el dominio sobre la tierra y sobre el hombre piel roja.

Este destino es un misterio para nosotros. No comprendemos que todos los búfalos sean exterminados, que todos los caballos bravíos sean domados, que todos los rincones secretos del bosque profundo sean impregnados del olor de muchos hombres y que la visión de las montañas sea obstruida por hilos de hablar.

¿Qué ha sucedido con el bosque espeso? Desapareció.

¿Qué ha sucedido con el águila? Desapareció.

La vida ha terminado.

¡Ahora empieza la supervivencia!